

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

COMENTARIOS A LA FIESTA DEL LIBRO

DISCURSO

LEÍDO EN LA JUNTA PÚBLICA EXTRAORDINARIA CELEBRADA

EL DÍA 7 DE OCTUBRE DE 1926

POR EL EXCMO. SEÑOR

D. ÁLVARO LÓPEZ NÚÑEZ

ACADÉMICO DE NÚMERO



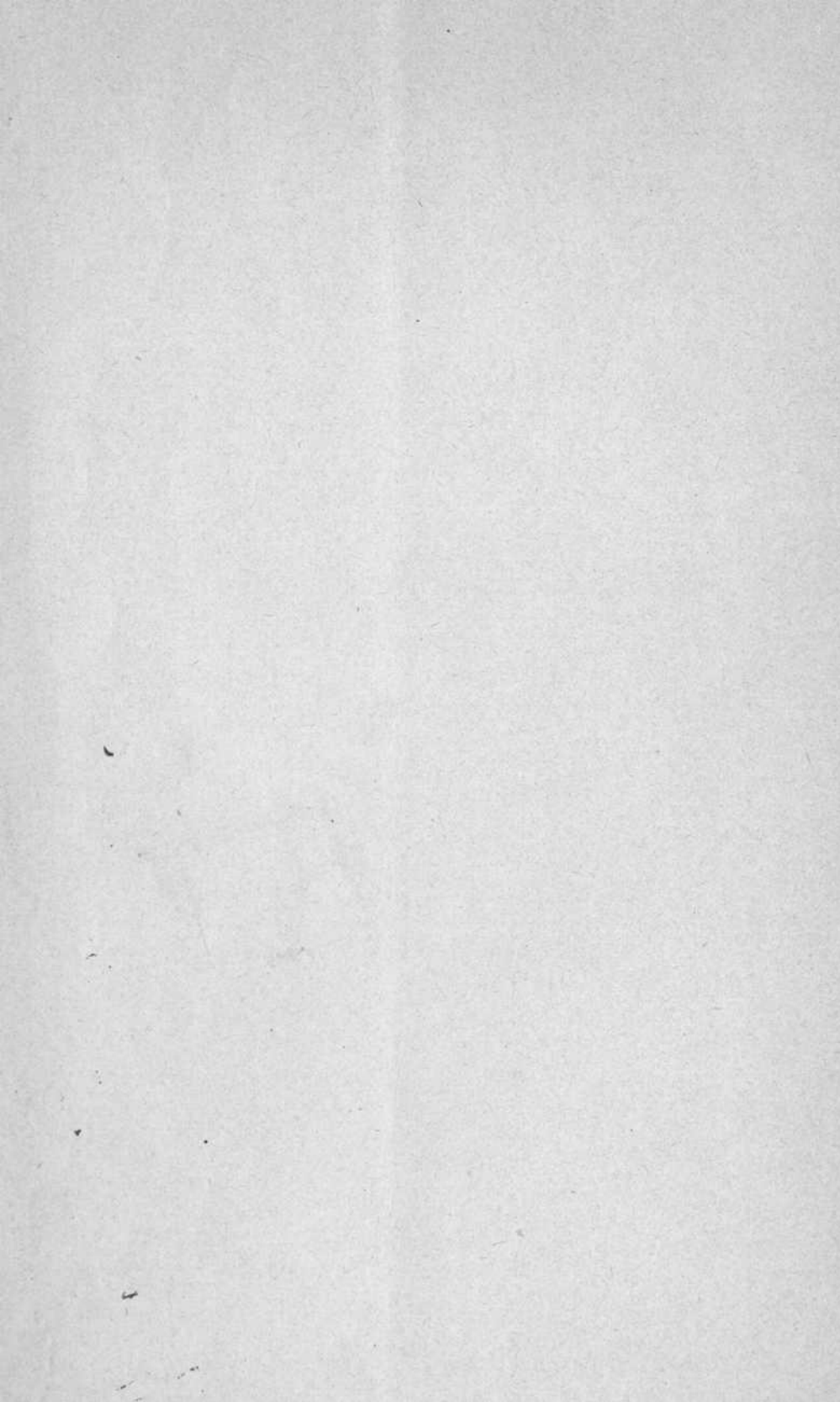
MADRID

IMPRESA VIUDA E HIJOS DE JAIME RATÉS

Costanilla de San Pedro, número 6.

1926

T. 1132544
C



COMENTARIOS A LA FIESTA DEL LIBRO

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

COMENTARIOS A LA FIESTA DEL LIBRO

DISCURSO

LEÍDO EN LA JUNTA PÚBLICA EXTRAORDINARIA CELEBRADA

EL DÍA 7 DE OCTUBRE DE 1926

POR EL EXCMO. SEÑOR

D. ÁLVARO LÓPEZ NÚÑEZ

ACADÉMICO DE NÚMERO



MADRID

IMPRENTA VIUDA E HIJOS DE JAIME RATÉS

Costanilla de San Pedro, número 6.

1926

COMENTARIOS A LA FIESTA DEL LIBRO

SEÑORAS Y SEÑORES:

Nuestro esclarecido Presidente, siempre acertado en todas sus decisiones, ha padecido error con ocasión de esta Fiesta del Libro al encargarme de llevar en ella la voz de la Corporación. Sin caer en el feo pecado de la fingida modestia, y habituado yo a cumplir la prudentísima regla del *nosce te ipsum*, me considero harto comprometido para salir airoso de una empresa que otro cualquier académico, que no yo, hubiera rematado a maravilla; pero, a falta de mayores virtudes, tengo ésta de la debida obediencia que reputo esencial en toda organización colectiva; y obedeciendo a quien legítimamente tiene en esta Academia la autoridad por todos gratamente acatada, me atrevo a levantarme ante vosotros, fiado en la indulgencia que los espíritus escogidos prodigan siempre a la buena voluntad de los menesterosos. Rogándoos, pues, que absolváis mis faltas, considerando que en esta ocasión no son tanto más como del trance en que bondadosamente se me ha puesto, voy a discurrir brevemente sobre este tema de «La Fiesta del Libro», impuesto por la misma índole del acto que ahora estamos celebrando.

Brevemente, he dicho; porque la brevedad es la cortesía de los humildes, y también porque breve ha de ser lo que en breves horas ha tenido que ser pensado y compuesto. «Maravilla será que acierte — diré, repitiendo palabras discretísimas de Sancho Panza —, porque no haré sino harbar, harbar, como

sastre en vísperas de pascuas; y las obras que se hacen apriesa, nunca se acaban con la perfección que requieren» (1).

Baste en mi excusa lo dicho; y entrando ya en materia es curioso advertir que esta fiesta del Libro español, unida al glorioso nombre de Cervantes, no ha tenido su origen en los recintos donde se reúnen los sabios, o mueven su péñola los escritores, o pulsan su lira los poetas, o especulan los filósofos, o analizan los investigadores. Fueron los mercaderes quienes primero pensaron en celebrarla, y eso tenemos que agradecerles quienes a veces no estábamos muy satisfechos de la organización actual que ellos han dado al comercio y la circulación de los libros. Sin ánimo de molestar a nadie, hemos de decir que esta iniciativa puede ser como bula de composición de pecados anteriores y anuncio de una era nueva en las relaciones económicas entre productores y comerciantes de libros. Los autores, sobre todo en España, patria de Don Quijote, no suelen estar muy al tanto de las reglas aritméticas y de otras normas de prudente gestión con que se conservan, movilizan y hacen fecundas las propias riquezas, entre las que desde luego han de contarse estos frutos tangibles del entendimiento y del saber; y así, incapaces de administrar sus bienes, han de entregárselos a la pericia ajena, que no siempre va hermanada con la virtud. Pleito es éste ya añejo entre escritores y libreros: recordad, si no, lo que el prudentísimo licenciado Vidriera dijo de los mercaderes de libros a uno de Valladolid que le preguntaba cuál era la falta que en ellos advertía: «Los melindres que hacen cuando compran el privilegio de un libro, y la burla que hacen a su autor si acaso le imprime a su costa, pues en lugar de mil y quinientos imprimen tres mil libros, y cuando el autor piensa que se venden los suyos, se despachan los ajenos» (2).

(1) *Quijote*, parte II, cap. IV.

(2) Cervantes, *El Licenciado Vidriera*.

Análogo menguado concepto de los mercaderes de libros de los tiempos cervantinos tenía aquel otro autor a quien Don Quijote encontró corrigiendo pruebas en la imprenta de Barcelona, y que, preguntado por el inmortal hidalgo sobre lo que iba a hacer con su libro, es a saber, si imprimirlo por su cuenta o vender el original a un librero, «Por mi cuenta lo imprimo — respondió —. Pues qué, ¿quiere vuesa merced que se lo dé a un librero que me dé por el privilegio tres maravedís y aún piensa que me hace merced en dármelos?» (1).

La situación, ciertamente, ha mejorado; y aunque estas relaciones entre productores y mercaderes de libros no son todavía perfectas, ya no andan por aquellos términos que justificaban la acerba censura en tiempos de Cervantes. Tal vez fiestas como ésta del Libro español, sean parte a ennoblecer estas relaciones sacándolas de los bajos fondos de la conveniencia mercantil para elevarla a las más nobles regiones de la ética social. Minerva y Mercurio se han mostrado como buenos hermanos en la presente ocasión, y por ello hemos de dar mil gracias a los dioses pidiéndoles que tal fraternidad dure muchos años para bien de las letras españolas y de los que a ellas dedicamos nuestro tiempo con mejor voluntad que fortuna.

Nuestra Academia se adhiere con toda sinceridad a la Fiesta del Libro español, deseando que ella pueda servir de estímulo a la difusión de la cultura, que es la ejecutoria de nobleza de los pueblos. Todo cuanto conduzca a dar mayor impulso al saber y a enaltecer las letras, es natural que nos sea singularmente grato a quienes, en grado mayor o menor, vivimos en diario trato con ellas. Nuestra Academia, como todas sus hermanas, contribuye normalmente de una manera eficaz a esta labor de instrucción pública por medio de los libros. Tiene, en estos mismos salones que ahora gen-

(1) *Quijote*, parte II, cap. LXII.

tilmente ocupáis, una abundante biblioteca sabiamente dirigida por un académico doctísimo y muy versado en las Ciencias y las Artes de la Bibliología. Nuestra biblioteca, que es de todo el que quiere venir a estudiar a ella, es una de las mejores de España, en cuanto a las disciplinas de ésta Corporación se refiere, y sus fondos se hallan perfectamente ordenados y catalogados para servir con prontitud las demandas de los lectores. La Academia fomenta además estos elevados intereses, mediante concursos anuales en que se adjudican premios en metálico a los autores que mejor cumplan las condiciones de estos Certámenes, y además imprime los libros premiados y los distribuye gratuitamente entre los estudiosos; y más haría, si la dura ley del *deficientibus stipendiis* no la tuviese en situación de verdadera pobreza. En lo que especialmente se relaciona con la gloriosa figura que sirve de blasón a esta fiesta, también es de advertir que la Academia de Ciencias Morales y Políticas se ha mostrado cervantina en cuantas ocasiones se le han presentado y dentro, como es natural, de la esfera propia de su instituto. De la Corporación han formado y forman hoy parte cervantistas calificadísimos, y se ha de recordar que esta Academia celebró el tercer centenario de la salida del *Quijote* con un certamen que dió de sí dos libros de gran mérito (1).

Bien se ha hecho uniendo el nombre y el recuerdo de Cervantes a esta fiesta del Libro, porque el Príncipe de los ingenios españoles, en el que parece que culminan todas las excelencias espirituales de la raza, fué, según declaración propia, un apasionado amante de los libros «aficionado a leer aunque sean los papeles rotos de las calles» (2). En todas sus obras demostró esta devoción por la letra impresa, que

(1) El tema era *Estado social que refleja el Quijote*, siendo premiados D. Angel Salcedo Ruiz y D. Julio Puyol y Alonso, que, después, por méritos propios, ingresaron en la Academia.

(2) *Quijote*, parte I, cap. IX.

transmitió a su hijo el inmortal Don Quijote, el cual, aparte lo referente a los libros de su particular profesión de caballero andante, fué también un insaciable lector de libros sagrados y profanos, de los que tenía abundante provisión en aquel aposento que «se llevó el mismo diablo», según expresión del ama, refrendada por la sobrina. En muchísimos parajes del *Quijote* se patentiza este amor a los libros, ya recomendando su lectura, ya haciéndoles objeto de aguda crítica, ya vulgarizando la forma de su redacción, composición y circulación, en páginas que son preciosos antecedentes para nuestra historia bibliográfica. Cervantes era un hombre de libros, un intelectual, como diríamos ahora, pero, naturalmente, un intelectual sin pedantería.

Muy plausible es también que se pretenda extender los efectos beneficiosos de la Fiesta del Libro a las Repúblicas sudamericanas, hijas de España, y que, pasada ya la fiebre opositorista que naturalmente sigue a toda emancipación nacional, vuelven sus ojos a la vieja Madre que las crió con sangre de sus venas y las educó y formó para la convivencia con los pueblos cultos a la luz indeficiente de la civilización cristiana. Por muy explicable rebeldía de la juventud emancipada, y también por menos justificada inhibición de España, que ha tenido en cierto olvido el problema de América durante muchos años del funesto siglo XIX, las naciones hispano-americanas han vivido apartadas de su Madre, y han buscado en otros pueblos de Europa, especialmente en Francia, las fuerzas rectoras de su ideología. Las ciencias y las artes de los nuevos pueblos americanos se han nutrido de las ideas francesas, y los libros franceses han predominado aún sobre los españoles, en Méjico, en Chile, en la Argentina, en el Perú, en el Uruguay y en las demás naciones transatlánticas. Ultimamente, y por efecto de la enorme emigración italiana, especialmente en Buenos Aires, el libro italiano ha circulado mucho en Sudamérica. Durante largos

años, nuestra librería nacional no ha cuidado mucho de abastecer el mercado sudamericano, dándose el caso, verdaderamente lamentable, de que los principales proveedores de libros de lengua castellana en el nuevo Continente eran las bien conocidas casas editoriales de Friburgo de Brisgovia, Einsiedeln, París y Nueva York. La situación, gracias a Dios, ha cambiado mucho; pero el daño hecho es ya difícil de reparar, no siendo el menor el que ha llevado la corrupción al idioma castellano que se va extendiendo por aquellas repúblicas, y que se puede apreciar en la lectura de los periódicos que de allí nos vienen. No se trata de la formación dialectal de una nueva forma de expresión, adecuada a las variedades étnicas del pueblo, lo cual sería respetable, sino de un lenguaje híbrido y bárbaro, plagado de galicismos, así en el vocabulario como en la sintaxis, que lo afea y descalifica. La fundación de las Academias americanas en relación con estas nuestras españolas, contribuirá en grado sumo a encauzar allí las ideas y las palabras por los rumbos señalados por la tradición y por la historia, sin mengua alguna de la libertad y espontaneidad del pensamiento.

Mucho han contribuido también a estrechar los vínculos de unión de España y sus hijas americanas, en esta noble región de las ideas que se refleja luego en los libros, las visitas que algunos españoles eminentes han realizado a las principales Universidades y centros de enseñanza en aquellas naciones. Esclarecidos compañeros nuestros en esta Academia han tenido a su cargo algunas de estas verdaderas embajadas del saber, y han encendido en las aulas argentinas, uruguayas, cubanas y chilenas el fuego del entusiasmo por la ciencia de la vieja España. Ya comprenderéis que al hablar de estas embajadas me refiero a las que han sido llevadas a cabo por varones de solvencia científica y moral, porque también las ha habido de ruin condición, así nacionales como extranjeras, que han convertido la noble misión del sabio en granje-

ría de aprovechado farandulero. Correspondiendo gentilmente a estas visitas nuestras, han venido a España, y trabajado con nosotros, hombres insignes en las ciencias y en las letras americanas, algunos de ellos miembros conspicuos de las organizaciones políticas de sus respectivos países, con decisiva influencia en las esferas del Gobierno.

Ni por el lugar en que nos encontramos, ni por el público a que nos dirigimos, entendemos ser necesario que hagamos el elogio del libro y recomendemos su lectura. Todos vosotros estáis convencidos de que los libros... (los libros buenos) son merecedores de toda estimación y que su lectura es cosa excelente. Ofendería vuestra ilustración el empeño de componer ahora un ditirambo en honor del libro; pero tal vez os sea grato recordar, como corroboración de vuestro pensamiento, aquellas elocuentes frases con que un bibliófilo de la Edad Media, el llamado Ricardo de Bury, elogiaba a los libros considerándoles como los mejores maestros. Este famoso ingenio, cuyo verdadero nombre era el de Ricardo de Aungerville, floreció en los primeros años del siglo XIV, fué Obispo de Durham, tutor del príncipe de Gales, sagacísimo diplomático, Canciller mayor del Reino y personaje de muchas campanillas; pero sobre todo se aventajó como gran amor de los libros, bibliófilo, en la recta acepción del vocablo, y autor de obras de erudición literaria, en una de las cuales, titulada precisamente *Philobiblon*, se encuentra el elogio de los libros que ahora queremos recordar. «Hi sunt magistri — dice — qui nos instruunt sine virgis et ferula, sine verbis et cholera, sine pannis et pecunia. Si accedis, non dormiunt; si inquirens interrogas, non se abscondunt; non remurmurant, si oberres; cachinnos nesciunt, si ignores» (1). Observad que este párrafo no es sólo un elogio

(1) La primera edición del *Philobiblon* se hizo en la ciudad de Colonia en 1473. Posteriormente se ha impreso esta obra en París (1500), en Oxford (1599) y en Londres (1832)

dél libro, sino a la vez una crítica acerbísima de los maestros de aquella época, porque si el libro era mejor que ellos y las prendas del libro eran las que quedan relatadas, resultan los pedagogos un tanto desacreditados, como propicios a pecados capitales tan feos como la avaricia, la pereza y sobre todo la ira, ya que, en efecto, eran dados a zurrar de lo lindo a sus discípulos.

Bello elogio de los libros hizo también otro bibliófilo, nuestro Padre Diego de Arze, fraile menor de la regular observancia de la provincia de Cartagena, que en una obra conservada manuscrita en la Biblioteca Nacional, bajo el título *De las Librerías* (1), exhortó en estos términos a los poderosos de la tierra, incitándoles a favorecer la difusión de la lectura: «Cardenales, Obispos, Emperadores, Reyes, Príncipes, entre vuestras grandes obligaciones iguales a vuestra grandeza, una es amparar a los amigos de Letras. Si amáis vuestras repúblicas, amadlos a ellos como a luces y adornos de ellas; amadlos, digo, mostrándolos con las obras, honrándolos, sustentándolos, y ¿con qué más que con darles libros en que estudien, y formarles librerías en que se aprouechen para que aprouechen? Si es vuestro, como de buenos Padres de la Patria, juntar thesoros, ensilar trigo, proveer armas, ordenar ferias para las necesidades públicas, y menester de los pobres, y tiempo de Guerra, y comodidad de la contratación, no pongáis en olvido las librerías, pues son los thesoros de los ingenios, los graneros del pan de la sabiduría, las armerías contra los enemigos de la Religión, las ferias de la contratación de las Letras. No sois los primeros en esta obra: no seáis los últimos. Imitad a vuestros mayores y dexad exemplo a vuestros descendientes: recibisteis esta luz de gloria de los que loablemente corrieron la carrera

(1) Sig. Bb. 222. — Se publicó por la Imprenta de la Vinda de Hernando y Compañía, en Madrid, 1888.

de esta vida antes de vosotros: dádsela assí encendida; y si os es posible por generosa emulación, despauilad más a los que correrán tras vosotros. Abrieron este camino Sanctísimos Patriarchas; siguiéronle grandes Reies; halláronle Augustísimos Emperadores; anduviéronle Papas, y Cardenales y Obispos, Padres y luzes de los fieles; y aun atreuiéronse a rastrearle hombres particulares, si bien de ánimos grandes en estado pequeño; ¿y os quedaréis vos atrás? ¿Qué os detiene? ¿El no poder? El poder de la tierra está en vosotros. ¿El no gustar de letras? Eso es lo que os pido: que ia que por no saber no las busquéis, gustéis de quien las sabe, como guías de vuestros consejos. ¿El poco exemplo que para esto aora tenéis? Haueisle tenido y en los maiores Príncipes de la tierra, y oi le veis en muchos que saben para qué nacieron grandes. ¿El poco prouecho? Quando no fuere vuestro, será de muchos, a quíenes debéis, por títulos de quíenes sois, aprouechar. Entrad, pues, por este camino que guía a el honor e inmortal fama, a que tanto vuestros espíritus aspiran; y lo que más es, si es que lo hacéis, por el bien de vuestros próximos y honor de aquel Summo Monarcha Dios, cuyo gobierno remedáis en la tierra, que lleua a el gozo de la eternidad. Lo qual, o Cardenales, Obispos, Emperadores, Reyes, Príncipes, le pedirán continuo a este Señor, bien como reconocidos de este vuestro beneficio todos los amigos de las letras y bien común.»

Finalmente, no será ocioso reproducir aquí otro elocuente párrafo en elogio de los libros, compuesto por el insigne polígrafo Feijóo, a quien parece que tenemos un poco olvidado, con ser él un astro de primera magnitud en la Ciencia del siglo XVIII: es de la dedicatoria de las *Adiciones al Teatro crítico*, y dice así:

«Un entendimiento ilustrado y perspicaz suele hallar en los libros más de lo que hay en ellos o, por lo menos, más que lo que el autor mismo entendió y quiso dar a entender.

Penetra en los fondos de esta o aquella máxima en que el escritor no había visto más que la superficie. Mejora las especies trasladándolas del papel al discurso. De los más groseros rasgos, con cierta especie de química mental, extracta preciosas sutilezas. De la mina del metal más basto sabe sacar algunas partículas de oro. Los mismos yerros suelen servirle, excitando algunas ingeniosas reflexiones que sin esa causa ocasional nunca lograrían su existencia. Y finalmente, el hombre más docto puede adquirir una u otra noticia en el libro más inepto: pues ninguno hay en el mundo tan sabio a quien no se oculte algo de lo que alcanza uno u otro ignorante» (1).

Claro es que todo cuanto queda dicho en alabanza de los libros y de su lectura se ha de entender exclusivamente de los libros buenos, y es evidente que, al contrario, los libros malos son dignos de censura y vituperio. El libro no es sino el vehículo de las ideas; y en orden a su valor ético, será bueno o malo, según sean buenas o malas las ideas que contiene. Del mismo hierro se fabrica la noble espada con que Don Quijote defendía el bien y la justicia, y el vil puñal con que comete sus crímenes el asesino.

Siendo tantas las excelencias del libro, conviene despertar y conservar en el pueblo la afición a la lectura, un tanto amortecida en las generaciones presentes, entregadas, con extremado dinamismo, a otras diversiones y solaces muy alejados de las serenas regiones del espíritu. Comprendemos que la vida moderna es toda movimiento y ruido, cosas ambas harto incompatibles con la dulce tranquilidad que requiere el trato con los libros. Si, como bellamente dijo Cervantes, «el sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuen-

(1) *Suplemento del Theatro crítico o Adiciones y Correcciones a muchos de los asuntos que se tratan en los ocho tomos del dicho Theatro.* Madrid, 1740.

tes y la quietud del espíritu son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas» (1), parecidas condiciones de paz y reposo son menester para gustar las obras del ingenio atesoradas como una esencia en los libros. ¿Dónde está hoy, decidme, la comodidad para que las grandes muchedumbres humanas lean libros en estas ciudades de estruendo y confusión, en que los hombres se atropellan unos a otros, el tiempo se mide por minutos, el espacio por milímetros, los sentidos y las potencias del alma han de estar en constante bárbara vibración, rodeados de artefactos ruidosos que parecen invención diabólica y cuyos maravillosos efectos cuestan la vida a tanta gente? ¿Cómo han de gustar de las serenas excursiones por las esferas del espíritu quienes se ven forzados a vivir en esta infernal confusión que parece convertir a las agrupaciones humanas en una asamblea de orates? Erizados los nervios, hiperestesiada la sensibilidad, atrofiada casi la inteligencia por el trabajo mecánico que hace innecesario el discurso, el hombre va perdiendo su aptitud para las expansiones espirituales, y los pocos instantes que le deja libres esta feroz lucha por la vida, los emplea en excitar más sus nervios, ya en las emocionantes aventuras cinematográficas, ya en las más contundentes, y no más racionales, del deporte que diviniza la fuerza bruta y va a convertir a nuestros jóvenes en muy gentiles mozos de cuerda.

¿Creéis compatible, señoras y señores, la quinta sinfonía del divino Beethoven con los berridos de las murgas salvajes que hoy se estilan hasta en los palacios de los príncipes, y las danzas del dulcísimo Glück con las torpezas del «jaz-band» o las patadas y puñetazos de los deportes a la moda? Quienes tienen la sensibilidad habituada a las emociones primarias del cinematógrafo, en el que el arte consiste en deformar a la naturaleza y a la razón, ¿podrán llegar a sentir

(1) *Quijote*. Prólogo de la primera parte.

la belleza de la verdadera poesía y a dejarse penetrar por las ideas que, como un puro aroma, emanan de los libros?

Será preciso, pues, torcer el cauce de nuestras costumbres si queremos hallar el campo abonado para el deleite espiritual de la lectura; y esta labor, como todas las que se refieren a la educación, ha de comenzar en la escuela, cuando el ser humano aun no ha sido deformado y endurecido por el ambiente social. Para ello conviene cultivar en los niños la afición a los libros buenos y bellos, haciendo que las nobles artes gráficas se esmeren en perfeccionar estas obras que han de ponerse en manos de la infancia. En España, las artes del libro se hallan, gracias a Dios, en muy visible prosperidad. Comenzando por el principio, notaremos el adelanto técnico y social de la industria papelera, tan española como que la primera fábrica de papel que se estableció en Europa fué la que los árabes fundaron en Játiva antes del siglo XII. Hoy, esta industria papelera, afincada en varias regiones de España, y especialmente en las muy laboriosas del Norte y Cataluña, fabrica muchedumbre de clases de papel que en la fortaleza de la pasta, en la pureza y persistencia del color, en la nitidez y tersura de la superficie y en las demás cualidades que definen la bondad, nada tienen que envidiar a las mejores del mundo; y aun añadiré que la industria papelera española es tan cuidadosa de esta perfección, que aspira a aumentarla, vinculándola a la primera materia nacional, para lo que viene hace años efectuando una intensa repoblación forestal a fin de tener madera abundante y adecuada para la preparación de la pasta. Con esto, además, realiza una obra magna de restauración de nuestros bosques, talados por la barbarie dendrófoba, que tanto nos aparta de aquella época en que, según Strabón, una ardilla podía ir desde la Cantabria hasta la Bética sin pisar el suelo, es decir, caminando sobre la masa compacta de los árboles.

Se hallan también muy adelantadas entre nosotros las

demás artes e industrias coadyuvantes de la tipografía, como son la fabricación de tintas de todos los colores, la de aceites lubricantes, la de tipos de fundición y piezas de recambio de las grandes máquinas de imprimir. En cuanto a la mano de obra de las bellas artes del libro, así las propias de caja, chibalete o linotipia, como las de ajuste, casado e impresión, puede decirse, sin que el patriotismo nos ciegue, que podemos competir con las mejores: en Madrid, en Barcelona, en Sevilla, en Valencia y en otras ciudades y villas de España se hacen periódicos, revistas y libros que pueden presentarse al lado de los mejores de las tipografías de Alemania, Italia, Inglaterra y los Estados Unidos. Estas revistas callejeras, tiradas en negro y en colores, son un diploma de perfección para quienes las hacen con sus manos y las dirigen con su entendimiento. El temor de manchar este Discurso con la suspicacia de una publicidad interesada, me impide decir sus nombres, que, además, por ser, afortunadamente, muchos y bien conocidos de todos, no es posible ni aun necesario mentar. Las artes de la encuadernación, de tan glorioso abolengo en España, conservan aún muy notorio esplendor, al que contribuye la excelencia de las pieles y cueros de nuestro país, especialmente los de Córdoba y Valencia, a las que se les dan bellísimos colores y se matizan con muy lindos dibujos y jaspeados: encuadernaciones artísticas se hacen en muchos talleres españoles que son verdaderas piezas de vitrina.

En cuanto al comercio de libros, aunque es justo confesar que aún nos queda mucho por hacer, también se nota en estos últimos años un gran progreso. Nuestras librerías en su mayor parte, no son ya aquellas tiendas horribas, instaladas en covachuelas inmundas en las que los libros y los papeles se hacinaban como trastos viejos en desván, y en las que mercaderes analfabéticos recibían con semblante hosco a los visitantes; tiendas donde los estantes de los libros eran, según frase del doctor Torres Villarroel, «banquetes de polilla y

refectorios de ratones» (1). Hoy es otra la pulcritud, el orden y el esmero de estas instalaciones: los libros se exhiben allí alineados como en una exposición; las revistas más parecen adorno de artísticas mesas que mercaderías en expectación de comprador, y el personal que manipula esta riqueza es inteligente y servicial, y buena parte de él son mujeres graciosas y bonitas. Algunas de estas librerías, sobre todo en Madrid y Barcelona, hállanse instaladas en verdaderos palacios, con salones de lectura y de conferencias donde se reúnen en gratas y provechosas tertulias literatos, periodistas y hombres de saber.

Claro es que las instituciones sociales como ésta que se refiere al comercio de libros, no se reducen sólo a su instalación material, sino que requieren una organización interna que se funda en el conocimiento del mercado mediante una estadística permanente de lectores, relacionados constantemente con los centros de cambio mediante mercuriales y hojas de *desiderata*, que respondan a las exigencias especializadas del lector. Conociendo de este modo el gusto de cada cual, puede el libro ir en busca del lector, consiguiéndose así una penetración cultural a que no siempre llega el catálogo. Sabemos por propia experiencia que algunos avisados libreros realizan de este modo la oferta de los libros nuevos que aparecen en el mercado, y esta práctica, unida a la excelente del pago en forma llamada de «reembolso», facilita mucho el comercio de librería. De desear es que estos nuevos métodos mercantiles se extiendan a todo el territorio nacional para bien, no sólo de los elevados fines de la instrucción pública, sino aun de los peculiares intereses de los comerciantes.

Esta práctica de ir el libro nuevo en busca del lector, entrando en su casa sin previo aviso, para quedarse en ella,

(1) *Sueños morales...* Madrid, 1786.

como buen amigo, nos lleva, como de la mano, a hablar de las bibliotecas circulantes, por tantos conceptos utilísimas. Sobre las bibliotecas circulantes hemos escrito en otra ocasión una página que nos parece oportuno repetir ahora:

«¡Grande y provechosa invención ésta de las llamadas bibliotecas circulantes, con las cuales van los libros generosamente a la casa del lector para ofrecerle los favores, nunca bastante agradecidos, de Minerva! Esto de la circulación gratuita de los bienes espirituales es uno de los más grandes progresos de la humanidad y uno de los pocos casos de verdadera democracia que hay en el mundo. Para convencerse de ello, basta comparar el estado presente, en este aspecto de la vida social, con estados anteriores de que nos conservan noticias las historias. Los grandes tesoros del Arte y de la Ciencia eran antaño patrimonio de un corto número de favorecidos de la suerte, los cuales recataban en lo más secreto de sus cámaras, herméticas al aire popular, pinturas y esculturas, libros y manuscritos, piezas de bella orfebrería, de finas maderas, ricas estofas y otras maravillas del ingenio y de la fortuna. Hoy día estas grandes obras son, por decirlo así, patrimonio de la humanidad, y en museos y bibliotecas, abiertos al público, ofrecen a todos sus primores. Pero no basta abrir la puerta, era preciso más, a saber: que las mismas obras fuesen en busca del contemplador, como la amada que no se resigna con esperar al amante a la vera de la lámpara solitaria, sino que se le adelanta para ir a su encuentro en el camino, y esto lo ha hecho la biblioteca circulante, con gran provecho de la cultura social. Todo el que tenga experiencia de estas cosas sabe cuán difícil es hermanar las conveniencias del público con las exigencias de la organización bibliotecaria. La vida moderna es improvisada y circunstancial; el trabajo lo llena todo, y para los recreos del espíritu queda poquísimos tiempo, y así no se pueden dedicar al estudio tales y cuales horas señaladas de antemano, sino que es

preciso subordinar la lectura a las imposiciones inexorables de la realidad. El *primum vivere, deinde philosophare* viene aquí como anillo al dedo: después de trabajar para vivir, queda muy poco tiempo para leer, siendo necesario leer en la cama, en la calle, en el tranvía, en el campo. La biblioteca circulante ha venido a plegarse a esta necesidad, y sólo con que hubiera hecho esto, merecería la admiración y el aplauso de los que creen que el hombre es algo más que una máquina de producir riqueza. Pero hace más la biblioteca circulante, porque fomenta uno de los más prodigiosos factores del progreso espiritual de los pueblos, a saber: el crédito personal. Los hombres que disponen de cosas ajenas por la confianza de sus propietarios, se sienten cada vez más obligados a conservarse dignos de merecerla. La idea de que la cosa no nos pertenece y hemos de devolverla en el mismo estado que tenía cuando se nos prestó, nos compele a tratarla con esmero, educa y refrena la bárbara brutalidad con que solemos tratar a los seres inanimados, y nos pone en camino de amarlos y respetarlos hasta llegar a tenerlos por hermanos, como hacía el bienaventurado San Francisco. Finalmente, este crédito contribuye a atar más el vínculo de la caridad humana, o de solidaridad, como hoy innecesariamente se dice, considerando que estos bienes que a nosotros se nos hacen han de otorgarse igualmente a todos los hombres, por la confianza que a todos debe unirnos, y esto nos obliga a conservar y aun aumentar tales bienes para que tengan la mayor eficacia posible. Los espíritus estrechos, los hombres endurecidos por el egoísmo, los pesimistas, los que todo lo ven negro porque lo miran a través de su propio corazón, no comprenden esta doctrina de la confianza y se sienten cegados por la luz de ella. Dicen que es mejor tener guardado el tesoro, en clausura estéril, que no ofrecerlo a las granjerías del vulgo. Apegados a la vieja doctrina del *jus abundi*, que es casi la única causa de los males que han afligi-

do al mundo, ponen sobre las cosas adquiridas, como la fiera sobre su presa, la garra que impide que los demás se acerquen a ella. Otras veces emplean lamentaciones precautorias, y dicen que no hay solidez en estas fundaciones de la confianza; pero a esto se contesta que ya la prudencia humana cuenta con lo que pudiera llamarse «coeficiente de reducción del riesgo», y que más vale que se pierda un libro que no cien lectores» (1).

Esta circulación y movilización de las letras alcanza su máximo grado de eficacia en el periódico, el cual puede ser considerado como el libro andante. No participamos de una opinión bastante extendida, aunque poco justificada, en orden al valor ideológico y cultural, como ahora se dice, de la llamada prensa periódica. Cuando de alguna persona quiere decirse que no atiende con la debida abundancia a su instrucción, suele afirmarse en tono despectivo que «no lee más que periódicos». La conclusión no es congruente con la premisa. Puede una persona no leer otra cosa que periódicos y ser muy ilustrada. Los periódicos son la forma moderna y popular de los libros, y puede decirse que cada día cumplen mejor este menester de enseñanza y educación del pueblo. Un periódico bien hecho, como lo son muchos de los que, felizmente, tenemos en España, es como una diminuta enciclopedia: si lo que en el periódico se contiene en el tamaño corriente de hojas en folio, o en mayor medida, se dividiese en páginas pequeñas y se encuadernase en folletos, se formaría un lote de publicaciones que, al cabo del año, compondrían una biblioteca. Lo que importa esencialmente para los fines de la cultura general no es el tamaño de las publicaciones, sino su contenido, su substancia, y no puede negarse que uno de estos periódicos hechos, *secundum arte*, lleva en sí materia suficiente para codearse con los escritos

(1) *Silva de dichos y hechos*. Madrid, 1922.

de más enjundia científica, literaria y social. Los periódicos modernos ya no son aquellas hojas insulsas, formadas de comentarios políticos y de sucedidos que carecían de todo interés. Sin descuidar las exigencias de la información con que se teje diariamente la historia, los periódicos atienden cada día con mayor solicitud a las necesidades espirituales del público y ofrecen a éste con eficaz reiteración artículos de ciencias y artes, de filosofía y de literatura, de economía y de política (en el sentido noble de esta palabra), y dando prueba de una gran elevación espiritual, publican hasta versos. Los artículos no son meros comentarios circunstanciales sobre los acontecimientos del día, sino que tienen propia sustantividad, sin sujeción a exigencias de lugar o tiempo, y frecuentemente sus autores los suelen luego coleccionar en un tomo. En cuanto a su tendencia ideal, tampoco estos trabajos periodísticos tienen siempre relación con lo que representa la empresa editora, y es común que en un mismo periódico colaboren, en esta elevada función científica, escritores de la más variada ideología. Lejos, pues, de ser un reproche aquella frase «No lee más que periódicos», es un elogio de las personas a quienes se aplica, y sinceramente creemos que sin leer más que periódicos, se puede ser hombre muy ilustrado.

Lo que ocurre es que son muchos los que de los periódicos sólo leen lo chabacano y vulgar: la crónica de los crímenes y sucesos emocionantes, las murmuraciones de café allí reflejadas, las polémicas mórdaces e injuriosas, las reseñas de las corridas de toros y de otras diversiones nada espirituales... y es claro que con estas lecturas solas no es fácil llegar al templo de Minerva. Pero quienes lean diariamente tanta y tanta cosa buena como se publica en los periódicos, no por el consabido «chico de la prensa» audaz e ignorante, sino por escritores de saber, especializados en las materias de que tratan, granjearán un caudal de ideas tan co-

pioso como el que adquirirían permaneciendo largas horas en una bien abastecida biblioteca.

El periódico moderno es el libro andante que lleva a todas partes, como el sol, la luz y el calor de la cultura. Sin periódicos sería imposible mantener en un pueblo el tipo medio de educación necesario para merecer el nombre de civilizado. Obvio es afirmar que todo cuanto queda dicho sobre los periódicos ha de aplicarse con criterio metafísico, es decir: que el elogio lo merece el periódico bueno y escogido, no el malo y chapucero.

Con estas ideas en la mente podemos y debemos trabajar por la difusión del libro en todas partes, y especialmente en las zonas populares, sumidas frecuentemente en las tinieblas de la ignorancia. Pero no es todo objetivo en estos magnos problemas que con los libros tienen relación; ni todo en ellos puede ser de concepción económica, mercantil o industrial. Hay que elevar el problema del libro sobre las interesadas apreciaciones de la conveniencia capitalística, y contemplarlo a la luz superior e insuficiente de la moral cristiana. Muy digno de atención y de respeto es todo lo que se refiere a la parte industrial del libro, y conviene que se estudie y se dilucide cuanto se relaciona con las primeras materias y sus métodos de transformación, con las contribuciones y los impuestos, las ferias, los mercados y las exposiciones, las comisiones y los descuentos, las muestras y los catálogos, los aranceles y los tratados de comercio, la exportación, la importación y otros menesteres de este linaje que dan ocupación a tantos sesudos varones en los altos consejos de la república; pero anterior y superior a toda esta máquina económica es el factor humano, el hombre, que con su entendimiento crea la verdadera materia prima del libro, sin la cual todo lo demás vendría a tierra falto de base o fundamento. Con esto del obrero literario nos ocurre lo mismo que con las cosas de los demás trabajadores. Cuando contemplamos, por ejem-

plo, las obras del arte sutil de la aguja... estos bordados lindísimos, estos encajes como espuma, estos calados y vainicas que parecen hechos por arañas... no podemos sustraernos a la visión de la pobre obrera que los ha fabricado en largas veladas de dolor y de tristeza; y detrás de aquellas estofas peregrinas, todo primor y atildamiento, y como si ellas fueran el telón de una escena trágica, adivinamos la buhardilla hórrida, los trapos mugrientos, el fuego del hogar apagado, y rondando por allí en danza macabra la muerte pálida que siega la flor de la juventud con la cuchilla de la anemia, el tifus y la tuberculosis. Pues cosa análoga ocurre con la labor de los libros. Estas bellas páginas que os deleitan, os instruyen y alegran vuestras horas, han sido compuestas frecuentemente en hogares míseros que carecen hasta de lo más necesario para la vida. Ya en tiempos de Cervantes, el hambre era inseparable compañera de los poetas, los novelistas, los filósofos, los hombres, en suma, dedicados a la divina profesión intelectual, en diario trato con las Musas. ¿Tan bajo concepto se tiene de los que trabajan con el entendimiento, que se llega al caso de que su labor no baste para sustentarlos? Pues aquí de lo que dijo Sancho cuando en la ínsula Barataria discutía las doctrinas dietéticas del doctor Pedro Recio: «Oficio que no da de comer a su dueño no vale dos habas» (1).

En esto parece estar el *quid* de la cuestión: en que la ocupación de escritor no se tiene por verdadera profesión u. oficio. Muchos de los que escriben para el público, son catedráticos, o funcionarios, o jurisperitos, o médicos, o recaudadores de contribuciones, como Cervantes: en ratos de vagar componen libros: quienes no son más que escritores, forman una minoría menospreciada, sin los recursos necesarios para vivir malamente, y obligada a forcejear para no morir de

(1) *Quijote*, parte II, cap. XLVII.

hambre. Esta misma necesidad los desacredita ante los favorecidos por la fortuna, que miden la miseria ajena con la vara de la propia abundancia. Una organización profesional semejante a la que tienen los trabajadores de los demás oficios, permitiría también a los escritores dar eficacia a sus derechos frente a quienes los desconocen o vilipendian. La asociación profesional hace fuertes a los débiles para que sin temor alguno puedan codearse con los poderosos, y evitar la violencia. Ya lo dijo León XIII: «Si acaeciére alguna vez que el obrero, obligado de la necesidad o movido del miedo de un mal mayor aceptase una condición más dura que, aunque no quisiera, tuviese que aceptar por imponérsela absolutamente el amo o el contratista, sería eso hacerle violencia, y contra esta violencia reclama la justicia» (1). Antes había dicho el mismo inmortal Pontífice, al incluir el espíritu individualista entre las causas de los males sociales que, «poco a poco ha sucedido hallarse los obreros entregados, solos e indefensos, por la condición de los tiempos, a la inhumanidad de sus amos y a la desenfrenada codicia de sus competidores» (2). La asociación es necesaria a los escritores, y dentro de la asociación ha de recomendárseles la modalidad cooperativa, que suprimiendo el intermediario economiza gastos al productor y aumenta sus beneficios. Una cooperativa de escritores unidos para imprimir sus libros y venderlos por propia cuenta, parece cosa llana y hacedera. Los mismos escritores de materia social han dado las normas para que los obreros llamados manuales formen sus asociaciones cooperativas; pero ellos, fieles al proverbio «en casa del herrero, cuchillo de palo», no han sabido formarlas. El *sic vos non vobis* tiene aquí muy lamentable aplicación: es que el individualismo nos esteriliza. Y ¡quién sabe! ¡quién sabe si nos esteriliza

(1) Encicl., *Berum novarum*.

(2) *Idem*, *Ibid.*

también el ser demasiado intelectuales en vez de ser un poco volitivos!

Y elevándonos todavía más en esta esfera de la idealidad sociológica, podríamos decir que para la eficacia de esta labor difusora de la cultura convendría mejorar la mecánica social, restaurando en ella la espiritualidad que, desgraciadamente, ha perdido. Necesario es reformar la sociedad y darle otro ritmo más en armonía con las exigencias de la naturaleza humana. Nos llevaría demasiado lejos, y fuera tal vez impropio de esta Fiesta, el exponer aquí por lo mínimo las notas cardinales de esta renovación social a que aspiramos, y que, aunque seamos muy optimistas, no creemos llegar a ver; pero somos soldados de vanguardia y trabajamos para los que vienen detrás de nosotros. Pensamos que ha de mejorar esta situación adquiriendo la humanidad aquella paz interna que le permita gozar los nobles placeres del espíritu, cuando se logre una más justa distribución de las riquezas creadas por Dios para todos los hombres y no para un corto número de escogidos; cuando el trabajo no sea considerado como una mercancía, sino como el cumplimiento de un deber ético que obligue a todos, pobres o ricos; cuando todos vean que con el fruto de su trabajo realizan su derecho a una vida decorosa; cuando los hombres no tengan necesidad de disputarse unos a otros el pan en lucha de bárbaras fieras; cuando el hogar y la familia sean enaltecidos y no, como hoy, menospreciados...; entonces, distribuido el trabajo entre todos, tocará a cada uno menos, y la jornada reducida permitirá las dulces expansiones del espíritu.

No hemos de caer en la cándida ilusión de querer resucitar aquella edad y aquellos siglos dichosos en los que, según dijo Don Quijote a los cabreros, «no había el fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza; la justicia se estaba en sus propios términos sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés que tanto ahora la

menoscaban, turban y persiguen» (1). Con menos hemos de contentarnos mientras peregrinamos por este planeta camino de nuestra patria inmortal: una vida sencilla, tranquila y morigerada, ha de satisfacernos, y ella nos permitirá dedicar el tiempo necesario a las exigencias del espíritu, entre las cuales es primordial esta de la lectura.

Cuando lleguemos a esta paz a que tienden nuestros esfuerzos en el campo de las reformas sociales que en esta Academia cuentan con tan preclaros maestros; cuando los hombres tengan más tiempo y menos inquietud, acudirán como a una fuente de frescas aguas a los libros, entre los cuales ocupa lugar preeminente esta historia de Don Quijote que ideó el genio inmortal cuyo natalicio hoy festejamos. En elogio de este libro ya nada queda qué decir, ni de su autor, del cual, como de Newton, se ha escrito que es honor del género humano. No hemos de caer ahora en la irreverencia de hablar del *Quijote*, por cuenta propia, repitiendo malamente lo que han dicho los grandes ingenios y está en el ánimo de todos. Lo que hay que hacer es aumentar el número de sus lectores. Bien hizo el doctísimo Secretario de nuestra *Sociedad de Bibliófilos Españoles*, Sr. González Amezúa, al recomendar la lectura del *Quijote* hasta conseguir que, como antaño, fuese este libro «el catecismo de nuestro pueblo, cuyo espíritu contribuía a formar con la *Guía de Pecadores* de Granada y las *Moradas* de la Santa de Ávila, libros que no dejaba de leer español alguno durante el curso de su vida». El *Quijote* — como ha dicho Menéndez y Pelayo — es una pedagogía en acción, la más sorprendente y original de las pedagogías: la conquista del ideal por un loco y por un rústico; la locura aleccionando y corrigiendo a la prudencia mundana; el sentido común ennoblecido por su contacto con el ascua viva y sagrada de lo ideal. Hasta las bestias que estos

(1) *Quijote*, parte I, cap. XI.

personajes montan participan de la inmortalidad de sus amos. La tierra que ellos hollaron quedó consagrada para siempre en la geografía poética del mundo» (1).

Sean estas bellas palabras remate de las que en nombre de la Academia me he visto obligado a dirigiros en esta Fiesta. Creo haber dicho, con sinceridad, cuanto, a mi entender, convenía decir a nuestra Academia en el Día del Libro. Si con ello he logrado entreteneros un rato y prender en vuestra mente algún pensamiento bueno y útil, daré por bien empleado el tiempo que dediqué a componer este deshilvanado Discurso.

(1) Discurso acerca de Cervantes y el *Quijote*. Madrid, 1905.

